

LA SOLEDAD COMO SINO EN ANTONIO MACHADO

En su artículo «Ensimismamiento y alteración», dijo Ortega que era propio del hombre tener un *chez-soi* a que retirarse en oposición al animal que vivía en perenne alteración. Y ambos ingredientes se dan en la vida humana en diferente grado. En algunos la dosis de alteración es tan alta que apenas pueden vivir consigo mismos. En otros, en cambio, pesa tanto el ensimismamiento que andan por el mundo inmersos en su interioridad. Pocos pueden figurar en ese grupo como Antonio Machado. Hasta qué punto fue esto una condición innata, o algo más, es lo que trataremos de analizar aquí.

Como inicio vaya esta conjetura. Y es que aparentemente un sino trágico pareció presidir la vida del poeta para condenarlo siempre a una soledad más allá de lo que era de esperar. Y lo curioso es que ella no estuvo desprovista de los bienes espirituales que son propicios a una vida de relación más plena. Así tuvo Machado una familia tierna, una esposa querida y amante, una vida profesional normal y una carrera como escritor brillante. ¿Qué pasó, pues? Simplemente lo dicho. Que la tragedia lo tocó desde el principio para condenarlo a una soledad íntima que sería el requisito previo a su floración como gran poeta. Y con tal naturalidad que a menos que uno concatene todos los hechos no puede vistumbrar la magnitud y hondura de ese destino. Y es que, bien pensado, eso es auténticamente la tragedia. Una vida que desarrollándose naturalmente no puede, sin embargo, escapar a su sino. Veamos cómo eso se cumplió en la vida de Antonio Machado.

Anótese por lo pronto esto. Antonio Machado es el segundo de los hijos de un matrimonio al parecer feliz que vive dentro de una estructura familiar muy bien tejida. Y ceñida sin duda a valores tradicionales, por lo que el primogénito —su hermano Manuel— debe haber tenido posición excepcional dentro del núcleo. Ya Alfredo Adler ha señalado la importancia que tiene el orden del nacimiento del niño dentro de la constelación familiar. Por su primogenitura es

pues, Manuel, el centro de atención y sabiéndose gustado y querido y con posición predominante va a desarrollar la seguridad emocional y el carácter expansivo y extrovertido que todos conocieron después. Por lo mismo debe habersele reputado desde los inicios como encantador y simpático.

Cuando Antonio nace un año después, su situación es diferente. La familia —aún fascinada con el primogénito— tendrá que poner cierta deliberación en la atención que preste al nuevo niño. Y sólo cuando éste la reclama debe habersele dado. Desde el nacimiento, pues, gozará Antonio de más soledad que su hermano mayor. Y este es el primer paso en el largo camino hacia su ensimismamiento. Pero no se malentienda. No quiere esto decir que Antonio no fue un niño querido. No. Sólo que desde el principio se habituó a ver y a sentir como normal que el centro de atención fuese Manuel, mientras él podía vacar libremente hacia la contemplación y gozar de más largos períodos de soledad. La interiorización, ensimismamiento y profundización de su alma se inician así. El largo viaje hacia dentro ha comenzado, pues su vida se desarrolla, como dice Gabriel Pradal-Rodríguez, «en una serie de alquitaramientos espirituales misteriosos, y casi descarnados» (Antonio Machado, 1875-1939. *Vida y obra*. Hispanic Institute, Nueva York, 1951, p. 18).

No es extraño por eso que desde el inicio le atraigan más las cosas y el paisaje que los seres humanos. Al cabo para éstos no era la figura principal. Pero ante las cosas y la naturaleza será todo vibración. Aprendió así desde muy pronto a gustar de las plantas y del ruido de las fuentes que tanto sabor dan a su nativa Sevilla. Que esto es así queda patente en los primeros versos del «Retrato» que abre sus *Campos de Castilla*: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / Y un huerto claro donde madura el limonero.» En definitiva, no la madre u otro ser humano. Sólo el paisaje. Por las mismas razones un algo de angustia, tristeza y desolación se irá macerando poco a poco en su alma. El lo llamará alguna vez melancolía.

En «Sueño Infantil» dirá:

*Muda en el techo, quieta, dormida?
La gruesa nota de angustia está
y en la mañana verdiflorida
de un sueño niño volando va (*).*

(*) Antonio Machado: «Obras. Poesía y prosa». Segunda edición. Buenos Aires, 1973, p. 117. Nota. Con respecto a este poema hay que aclarar que existen diversas versiones del mismo. En la propia página 117 se lee «negra» en vez de «gruesa». Y «pradera» en vez de «mañana». Aquí yo me he atenido a la versión más aceptada que se fundamenta en la lectura acuciosa del manuscrito de esta poesía, que está reproducido. Se aclara también que todas las citas de ahora en adelante se harán por la edición señalada indicando la página solamente.

Y en el poema VIII de su libro *Soledades* insiste en la nota triste de la infancia, de su infancia. Véase:

*Yo escucho los cantos
de viejas cadencias
que los niños cantan
cuando en corro juegan
y vierten en coro
sus almas que sueñan.
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas
que no son alegres,
con lágrimas viejas
que no son amargas
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas.*

(Páginas 68 y 69.)

Repárese en que la risa no es alegre ni las lágrimas son amargas. De la lectura del poema no resalta la alegría despreocupada del coro infantil, sino un sentimiento profundo de honda melancolía que Antonio Machado, con esa difícil facilidad aparente que tan bien ha estudiado Carlos Bousoño, nos instila en el alma.

¿Hay algo biográfico en estos poemas? En el estricto sentido sin duda no, a pesar de esa primera persona que dice «Yo escucho los cantos». Pero sí en el sentido de un sentimiento profundo gestado en los lejanos días infantiles. Lo cierto es que la nota triste, resignada y agridulce que va a ser típica de Machado ya está en esos recuerdos. El lo reconoce cuando en su libro *Galerías*, de 1907, dice en el poema LXXVII:

*Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera:
pero recuerdo y, recordando, digo:
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.*

(Página 122.)

La confesión es clara. Fue la tristeza la compañera de su vida desde muy pronto. Antonio no fue sólo un niño ensimismado y soli-

tario, sino también un niño triste. Aprendió así a vivir más de sus recuerdos que de sus acciones. Fue más contemplativo que activo. Por eso la memoria se hará en él un instrumento de vida. Le servirá de sustento emocional. Y por eso el tiempo humano será su gran tema poético. En el poema citado continuará:

*Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena,
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino,
como el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.*

(Páginas 122-23.)

Al leer estos versos no podemos menos que imaginarnos quizás al poeta niño probablemente perdido, o sintiéndose tal, en una fiesta en Sevilla, en Semana Santa. Pues el tono biográfico es obvio. Y adviértase. No sólo el poeta se sintió desde niño un poco perdido entre la gente, sino que también se sintió perdido en la vida y buscó el amparo paternal de Dios sin llegarlo a encontrar cabalmente nunca. Por eso en el poema «Iris de la noche» que dedicó a Valle-Inclán, escribe:

*Y tú, Señor, por quien todos
vemos, y que ves el alma,
dinos si todos un día
hemos de verte la cara.*

(Página 264.)

La duda sempiterna, como se ve, fue también su compañera.

Pero, insisto, no se piense que fue Antonio Machado un niño olvidado o malquerido. De haberlo sido no habría sido bueno, como él mismo se proclamó en su «Retrato»: «soy, en el buen sentido de la palabra, bueno» y como todos muy bien sabemos. No. Madre y padre lo rodearon de ternura y cuidado. Sólo que nos parece que no

con la devoción y entrega que confirieron al hijo mayor. De ahí que la alegría, despreocupación y sociabilidad fácil de Manuel se hicieran melancolía, ensimismamiento y soledad en Antonio. Por eso no faltan las referencias dulces a su madre. En las *Soledades*, en el poema LXVII, encontramos esto:

*Ya sé que no responden a mis ojos,
que ven y no preguntan cuando miran,
los vuestros claros; vuestros ojos tienen
la buena luz tranquila,
la buena luz del mundo en flor que he visto
desde los brazos de mi madre un día.*

(Página 118.)

Y en el poema LXXXVII puede leerse:

*Y volver a sentir en nuestra mano,
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre...*

(Página 129.)

Y aun esto:

*Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena
y de la buena albahaca
que tenía mi madre en sus macetas.*

(Poema VII de *Soledades*, p. 68.)

Pero llama la atención cómo todas estas referencias son indirectas, casi impersonales. Son los ojos ¿de una amiga?, otra mano, o la tarde, los que remueven el recuerdo. No la madre en sí.

En cambio, las referencias al padre suelen tener un carácter más personal y directo. Bien conocido es el poema en que dice:

*Mi padre en el jardín de nuestra casa,
mi padre, entre sus libros, trabajando.
Los ojos grandes, la alta frente,
el rostro enjuto, los bigotes lacios.
Mi padre escribe (letra diminuta)
medita, sueña, sufre, habla alto.
Pasea —oh padre mío ¡todavía!
estás ahí, el tiempo no te ha borrado.*

(«Mi padre», poema. *Cancionero apócrifo*, p. 814.)

O el soneto muy divulgado en que el padre lo presiente a él, el poeta, ya viejo:

*Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.*

*Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.*

*Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.*

*Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.*

(Páginas 309-10.)

No hacen falta más comentarios. El padre es para él figura más entrañable. Su sombra callada deambula por la memoria del poeta.

Pero la vida da otra vuelta para acendrar la soledad y contemplación en Antonio. Cuando el niño tiene ocho años, la familia se traslada a Madrid. Se sabe que las mujeres no han visto con buenos ojos el cambio, pero, al fin, se acostumbran. Ya en la capital un nuevo elemento, y bien importante, se añade al proceso de profundización del alma del menor de los Machado. La familia los pone a estudiar en la Institución Libre de Enseñanza. La intensa orientación ética del plantel en que don Francisco Giner de los Ríos es figura señera, da alimento a la vocación seria de Antonio. Su personalidad contemplativa y profunda halla allí cauce y modelos. No es de extrañar por eso que a la muerte del maestro, en 1915, responda el poeta con uno de sus poemas más sólidos y sentidos. Aquel en que dice aquella frase que conmueve a toda alma sensible y que traza un programa ético para España ajeno a la ceremonia y retórica luctuosas tradicionales: «Yunques, sonad; enmudeced, campanas». En otras palabras: el mejor homenaje al maestro es el trabajo diario, no el repiquetear vano en los campanarios.

Pero Madrid tiene para Antonio un riesgo. Un riesgo en su vía hacia el adentramiento. Es una ciudad con salero y plena de tentaciones. El teatro apasiona a los hermanos. Y también la vida bohemia.

Juntos recorren los cafés, colaboran en periódicos, y se inician en la euforia de la juventud.

¿Qué habría pasado si la vida no los separa y les dicta diferentes derroteros? Difícil suponerlo. Pero es lo cierto que es entonces la única vez en que Antonio se produce con cierta tendencia a seguir la moda imperante del modernismo en su forma más superficial. Algunos poemas de esa época recuerdan en el ritmo y la música aquellos de «la princesa Eulalia», tan sonoros, pero tan ajenos a lo mejor del alma de Darío. ¿Será necesario que recordemos aquí para ilustrar lo que decimos aquellas estrofas de «Fantasía de una noche de abril», que comienza con ésta?:

*¿Sevilla?... ¿Granada?... La noche de luna
angosta la calle, revuelta y moruna,
de blancas paredes y oscuras ventanas...
Cerrados postigos, corridas persianas...
El cielo vestía su gasa de abril.*

(Página 104.)

A qué seguir. Baste como muestra de la tentación por lo superficial y musical, pero sin real poesía, que alguna vez visitó a nuestro poeta en Madrid durante esta etapa de su vida. Pudo ser fatal. Pero no hay temor. La tragedia presidía su vida. La tragedia que lo condenaba siempre a la soledad. Y a su mismidad.

Esta vez la llamada del destino vino vestida de un signo de profunda tristeza. Inesperadamente, cuando todo parecía sonreírle, el padre muere de una enfermedad imprevista. Había ido a América en busca de mejor fortuna. Allí enfermó y no tuvo tiempo de regresar vivo al hogar. Murió en su Andalucía querida, pero lejos de sus hijos. La muerte del padre plantea problemas a los jóvenes Machado. La existencia despreocupada y bohemia ha terminado. Hay que contribuir al diario sostén del hogar que queda regentado por la madre y la abuela. Los hermanos no tienen una profesión lucrativa. Sí abundante cultura literaria. Por ahí habrá que ir. Después de consultar amigos y familiares deciden encauzarse como traductores. Ni pensar que en España puedan vivir como tales. Pero París está cerca. Allí irán. Manuel va primero. Luego lo seguirá Antonio. Así fue. Cuando éste llega a París su hermano lo introduce en algunos círculos. Es el año 1899. Allí trabajan para la editorial Garnier. Y Antonio, en la pequeña biografía que de él hace, dice: «Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Jean Moreas». Pero nada del brillo parisino atrae realmente al solitario joven. Se vuelve solo a su tierra y a su Madrid. Se reincorpora a la vida bohemia y de teatro. Todavía sueña un

poco con ser un gran artista. La experiencia fracasa. Pero la vida continúa. El hermano también regresa. Poco después vuelven a intentar hacerse juntos una vida de buen pasar en París. Y regresan a la Ciudad Luz. Es 1902. Conoce en esta ocasión nuestro poeta a Rubén Darío. No parece que le impresionara mucho. Pero de nuevo abandona la idea de radicarse en la capital francesa y regresa a Madrid. Y también el hermano. Para esa época ya Antonio ha pensado seriamente en encauzar su vida por un camino profesional estable. Su francés es bueno. Aspirará a profesor de esta lengua. Y se prepara para las oposiciones, mientras su hermano sigue sus andanzas bohemias. Rubén Darío vuelve a España. Es entonces que se estrecha la amistad del hispanoamericano con los dos hermanos. Pero es a Antonio a quien él ve, a quien él siente como predestinado, porque es a él a quien dedica esa bellísima «Oración por Antonio Machado» que es un retrato anticipado de lo que el poeta será. Allí están los dísticos clarividentes:

*Misterioso y silencioso
iba una vez y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.*

Y que termina con la innovación conocida:

*Ruego por Antonio a mis dioses
ellos le salven siempre. Amén.*
(Rubén Darío: *Obras completas*, Madrid, 1953,
tomo 5, pp. 1.016-17)

Y bien que lo salvaron. Su primer libro de poesías, *Soledades* —cuyo título es tan significativo— ha salido de las prensas en 1902 con la fecha de 1903. Ha sido muy bien acogido por la crítica. Pero Machado para esta época está enfrascado en hacerse de una carrera. Por fin, en 1906 gana una plaza como profesor de francés. Y esta vez su sino lo lleva a Soría, la rocosa, la árida, la señorial, la fría ciudad de la meseta castellana. Allí sueña nuestro poeta encontrar acomodo y sosiego. Y la vida serena y plácida que presiente sin realmente haberla conocido más que en la intimidad de su alma. Pero alguna premonición le aletea en el espíritu. Sabe, intuye, que allí le ocurrirá algo fundamental. ¿No es eso lo que se transparenta en esos versos del poema LXX del libro *Galerías*, de 1907?

*Y nada importa ya que el vino de oro
rebose de tu copa cristalina,
o el agrio zumo enturbie el puro vaso...*

*Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida,
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día.*

(Página 119)

Y esto otro en el mismo libro:

*Cuando el primer aroma exhalen los jazmines
y cuando más palpiten las rosas del amor,
una mañana de oro que alumbre los jardines,
¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?*

(Poema LXXXIV de *Galerías*, p. 127)

Ambos presagios se cumplieron. En Soria —como todos saben— encontró el amor que le proponía una «eterna primavera». Y en Soria también se le escapó el «sueño en flor» por la puerta trágica de la muerte un día de agosto, posiblemente luminoso como anuncia su verso.

Antes había ido a París de nuevo. En esta ocasión con su esposa, que allí enferma, para venir a morir a Soria. En Francia se pone en contacto con algo que va a dejar profunda huella en su espíritu. Asiste a las clases de Bergson, el filósofo que hizo de la memoria y de la inteligencia el análisis más penetrante en los principios del siglo. Y que tanto cuidado dedica al problema del tiempo. El hombre que desde *Materie et Memoire* hasta la *Pensée et le Mouvant*, pasando por *Les donnes inmediates de la conciencia* y *La Evolution Creatrice* hizo un estudio más agudo de las funciones de la inteligencia y del sentido del tiempo en la vida humana.

El contacto con Bergson determina, en mi opinión, una reorientación en los intereses de Antonio Machado. Estudiará Filosofía seriamente. La muerte de Leonor, su mujer, debe haber reforzado el propósito. Pues lo cierto es que otra vez, cuando nada parecía indicarlo —la esposa era casi una niña— Antonio Machado es condenado a la soledad. Y Soria, la Soria del «sueño primaveral» se le hace invivible. Tiene que huir de aquel escenario. Y se traslada a Baeza, en Andalucía.

Nada se sabe al respecto. El poeta fue hombre por demás pudoroso. Pero la soledad debe haber sido demasiada. Tal vez amenazante. Porque poco tiempo después la madre va a vivir con el hijo viudo. Ya no se separarán más y casi morirán juntos. Pero cosa